

## CARTA ENCICLICA "ECCLESIAE FASTOS"(\*)

(5-VI-1954)

*A los Venerables Hermanos Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios locales de Gran Bretaña, Alemania, Austria, Francia, Bélgica y Holanda en paz y comunión con la Sede Apostólica*

EN EL DUODECIMO CENTENARIO DE LA MUERTE  
DE SAN BONIFACIO, OBISPO Y MARTIR

PIO PP. XII

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica*

## INTRODUCCIÓN

AAS 1. **El ejemplo aleccionador de los**  
46 **Santos.** En gran manera conveniente  
337 y oportuno es, no sólo recordar los  
fastos gloriosos de la Iglesia, sino  
también el conmemorarlos con fiestas  
públicas, ya que por ellos claramente  
se demuestra que en la Iglesia de JESU-  
CRISTO no ha habido ningún siglo  
estéril en santidad. Por otra parte, es  
natural que, si se proponen en tales  
ocasiones los preclaros ejemplos de  
virtud que en esos fastos resplandecen,  
se caldeen los ánimos y se muevan a  
seguirlos, según las fuerzas de cada  
uno.

2. **Las gestas y el amor de San Bonifacio a la Santa Sede.** Por esta razón  
Nos agradó sobremanera la noticia que  
principalmente en aquellas naciones,  
que sienten tener especial motivo de  
gratitud hacia SAN BONIFACIO, preclara  
gloria y prez de la Orden Beneditina,  
se va a celebrar este año, con  
fiestas públicas y manifestaciones reli-  
giosas, el duodécimo Centenario de que  
por el martirio voló a la patria celestial.

338 Y si es justo que esas naciones vues-  
tras veneren a tan santo varón y con  
esta ocasión traigan a la memoria sus  
magníficas gestas, mayor razón tiene  
esta Sede Apostólica, que le vio tres  
veces como piadoso peregrino entrar

en Roma, tras un largo y duro camino  
y doblar sus rodillas ante el Sepulcro  
del Príncipe de los Apóstoles y, con  
ánimo de hijo fidelísimo, pedir a Nues-  
tros Predecesores la misión de llevar  
el nombre del Divino Redentor a bár-  
baras y apartadas naciones, como era  
su deseo de implantar allí la civiliza-  
ción y cultura cristianas.

## I

*La vida, obra apostólica y martirio  
de San Bonifacio*

3. **Su vocación de religioso y apóstol.** Nacido de familia anglosajona, sintió en la más tierna edad un acuciante llamamiento divino a renunciar a su patrimonio, dejar los halagos del mundo y encerrarse en el seguro recinto de un monasterio, donde poder más fácilmente dedicarse a la divina contemplación y observar fielmente los consejos evangélicos. Allí hizo notables progresos, no sólo en los estudios humanísticos y de ciencias sagradas, sino también en las virtudes cristianas; tanto que mereció ser elegido Abad del Monasterio. Sin embargo, como tenía alma para cosas más grandes y generosas, hacía tiempo que había concebido el deseo de marchar al extranjero para iluminar a las naciones bárbaras con la luz del Evangelio y enseñarles a prac-

(\*) A. A. S. 46 (1954) 337-356. La versión es de L'Osservatore Romano, ed. castellana, Bs. Aires Año III nº 139, del 27-VI-1954. El esquema y los títulos son de responsabilidad de la 2ª edic. (P. H.).

ticar sus preceptos. Nada le podía detener; no conocía obstáculo: ni el dejar su querida patria, ni los largos y difíciles viajes, ni tampoco los peligros de toda clase que le podrían asaltar viviendo entre gente desconocida. Sentía en su apostólico corazón un impulso tan vehemente, tan impetuoso, tan eficaz, que no podían contenerlo las cadenas de humanos respetos o de humanos afectos.

339 **4. La fe en Inglaterra y los misioneros que agradecida envía.** Digno de admiración es que Gran Bretaña, que, después de muchas vicisitudes, se había convertido unos cien años antes a la religión cristiana, por Nuestro Predecesor de inmortal memoria SAN GREGORIO MAGNO (que había enviado allí un esforzado escuadrón de hijos de SAN BENITO bajo la guía de SAN AGUSTÍN); digno es ciertamente de admiración, decimos, que estuviera ya en aquel tiempo tan firme en la fe, tan encendida en la caridad, que, como río salido de madre que riega las tierras circunvecinas y las fertiliza, mandase por propia iniciativa a otras naciones muchos de los mejores varones de que disponía, para ganarlas a JESUCRISTO y unir las íntimamente a su Vicario en la tierra. De este modo se puede decir que agradecía a Dios los beneficios recibidos con la Religión católica y la civilización y cultura cristianas.

**5. Su primera misión fracasa.** Entre esos misioneros, sin duda, brilla por su celo apostólico y su fortaleza de carácter, mezclada con dulzura en las maneras, WINFRIDO, llamado después BONIFACIO por el Romano Pontífice SAN GREGORIO II. El, junto con algunos compañeros, pocos en número por cierto pero notables por sus virtudes, tomó sobre sí la obra de evangelización, a la cual desde hacía mucho tiempo aspiraba y, así, embarcándose en Gran Bretaña, llegó a las orillas de Frisia. Sin embargo, como el que reinaba tiránicamente en aquella región, se oponía con violencia a la Religión cristiana, los

esfuerzos de SAN BONIFACIO y sus compañeros fueron vanos y, así, después de inútiles trabajos e intentos ineficaces, se vio forzado a volver a su patria.

**6. Su primer viaje a Roma.** Pero no se desanimó, sino que, no mucho tiempo después, se decidió a venir a Roma, acudir a la Sede Apostólica y pedir humildemente al mismo Vicario de JESUCRISTO la misión sagrada, mediante la cual esperaba, con la divina gracia, obtener más fácilmente aquella ardua meta que tan ardientemente anhelaba. *Llegado, pues, felizmente a la morada del Apóstol San Pedro*<sup>(1)</sup> y habiendo venerado con suma piedad el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, pidió audiencia a nuestro Predecesor de santa memoria GREGORIO II.

De buena voluntad lo recibió el Pontífice y él *le dio cuenta punto por punto del motivo de su viaje y venida y de los anhelos que le inflamaban.* *Entonces el Santo Pontífice mirándole de repente con rostro alegre y ojos risueños*<sup>(2)</sup>, lo animó y lo incitó a emprender confiadamente la obra proyectada y, por medio de letras apostólicas, lo revistió de su apostólica autoridad. 340

**7. Su primera evangelización de Alemania y Frisia.** La misión recibida del Vicario de Jesucristo pareció a BONIFACIO que le granjeaba las gracias y auxilios celestiales de Dios, con los que fortalecido no debía temer las dificultades que pusieran los hombres y las cosas y podría cumplir sus planes, por tanto tiempo acariciados, con mayor esperanza de éxito y más abundantes frutos. El obrero apostólico recorrió varias regiones de Alemania y de Frisia, donde no sólo no había vestigio ninguno de la verdad cristiana, sino que todo era inculto, áspero y salvaje y sembró allí abundantemente la semilla evangélica y la fecundó con increíbles trabajos y sudores; si encontraba comunidades cristianas que o por falta de legítimo Pastor yacían en miserable

(1) Vida de San Bonifacio, Wilibaldo, (ed. Levison [Hannover y Leipzig, 1905] pág. 21; Migne 89 col 613-B).

(2) Vida de S. Bonifacio (nota 1) pág. 21 (Migne 89, 614 A).

abandono e inercia, o eran apartados de la verdadera fe y rectas costumbres por ministros del culto corrompidos e ignorantes, se convertía en reformador prudente e inflexible de la vida privada y pública, obrero hábil e incansable y diligentísimo impulsor y restaurador de todas las virtudes.

**8. Dignidad episcopal: mayor eficacia en la acción.** Estos felices resultados de la obra de BONIFACIO llegaron a los oídos de Nuestro Predecesor de feliz memoria SAN GREGORIO II (715-731) quien lo llamó a la ciudad de los Apóstoles y, aunque él por humildad se resistiese, *le declaró que deseaba imponerle la dignidad episcopal, para que así pudiese con tanta mayor eficacia corregir a los extraviados y volverlos al camino de la verdad, cuanto que estuviera sostenido con la autoridad más excelsa de la dignidad apostólica y para que todos aceptasen de mejor voluntad la predicación, al ver que por ese motivo había él sido ordenado obispo por el Sumo Pontífice*<sup>(3)</sup>.

Consagrado de este modo por el mismo Sumo Pontífice como *Obispo Regionario* (722)<sup>[3<sup>a</sup>]</sup> volvió a aquellas regiones vastísimas a él encomendadas, donde revestido de la nueva dignidad y autoridad, se dio el trabajo apostólico con celo cada vez más intenso.

**9. El amor y aprecio de los Pontífices.** Y si este Pontífice lo amó vivamente por el esplendor de sus virtudes y por el ardor de su celo en dilatar el Reino de JESUCRISTO, no menos lo amaron sus sucesores, a saber, SAN GREGORIO III, quien por sus preclaros méritos le nombró Arzobispo y le honró con el sagrado palio, concediéndole la facultad de erigir o reformar legítimamente en aquellas regiones la Jerarquía Eclesiástica y de consagrar nuevos Obispos *para iluminar al pueblo de Alemania*<sup>(4)</sup>; SAN ZACARÍAS, el cual en una afectuosa carta, lo confirmó en su oficio, colmán-

dole de grandes alabanzas<sup>(5)</sup> y, finalmente, ESTEBAN III, quien, recién elegido Papa, le envió una carta llena de veneración cuando ya él se hallaba al final de su carrera mortal<sup>(6)</sup>.

**10. Incesantes viajes apostólicos.** Confiado en la autoridad y benevolencia de estos Pontífices, durante todo el tiempo de su oficio, recorrió BONIFACIO, con celo cada día más ardiente, regiones inmensas sumergidas aún en las tinieblas del error; las iluminó con la luz de la verdad evangélica e hizo alborear en ellas, con su incansable labor, una nueva era de cultura y civilización cristianas. Frisia, Sajonia, Austrasia, Turingia, Franconia, Hesse y Baviera lo tuvieron como sembrador infatigable de la palabra divina y padre en la nueva vida que proviene de Cristo y se alimenta con su gracia. Anhelaba también llegar hasta aquella *antigua Sajonia*<sup>(7)</sup> de la que creía descender sus antepasados; pero estos deseos no los pudo llevar a feliz término.

**11. Sus colaboradores. Lioba.** Para comprender tan ingente empresa y llevarla a cabo, pidió cooperadores y también cooperadoras (es decir, monjas, entre las cuales brilla LIOBA por la perfección de su vida evangélica) a los monasterios Benedictinos de su patria, que entonces florecían en doctrina, fe y caridad. Ellos acudieron gustosos a su llamada y le prestaron valiosísima ayuda. Ni faltaron en aquellas mismas tierras por él recorridas quienes, llegados a la luz del Evangelio, abrazasen con tan ferviente y enérgica voluntad la nueva Religión que procuraron con todas sus fuerzas comunicarla a todos cuantos podían. Así, pues, apoyado, como dijimos, en la autoridad de los Romanos Pontífices, *San Bonifacio, cual nuevo archimandrita, empezó a sembrar por todas partes la semilla divina y a extirpar la diabólica, a levantar monasterios e iglesias*

(3) *Vida de San Bonifacio*, Othlono, (ed. Levison, lib. I, pág. 127; Migne 89, 643-D).

[3<sup>a</sup>] *Regionarios* se llamaban en los siglos 7-9 Obispos misioneros itinerantes, sin diócesis determinada (especialmente en Galia).

(4) *Cartas de S. Bonifacio*, (ed. Tangl, Berlin, 1916) epíst. 28, p. 49; Migne 89, 725-B).

(5) Ver nota (4): Epíst. 51, 57, 58, 60, 63, 77, 80, 86, 87, 89 (Migne 89, 923-A; 751-C; 753-C; 939-D; 949-B; 954-B).

(6) Ver nota (4) Epíst. 108, pp. 233-231.

(7) Ver nota (4) Epíst. 73, p. 150.

y colocar al frente de las mismas a pastores prudentísimos<sup>(8)</sup>.

**12. Las conversiones; los monasterios: sedes del culto y de la cultura.** De esta suerte se transformó poco a poco el estado de aquellas regiones. Se veían muchedumbres de hombres y mujeres que acudían en gran número a oír al varón apostólico, las cuales profundamente conmovidas por su palabra, abandonaban sus inveteradas supersticiones, se inflamaban en el amor del divino Redentor, acomodaban a su amable doctrina sus ásperas y depravadas costumbres, y purificadas por las aguas bautismales, iniciaban una vida del todo nueva. Allí se construyeron monasterios de monjes y de monjas, que fueron la sede, no sólo de culto divino, sino también de civilización, de letras humanas, de ciencias y de artes. Allí (después de haber enraecido o cortado y abatido completamente selvas impenetrables, inexploradas y tenebrosas) se pusieron a cultivar nuevos campos para utilidad común y se comenzaron a construir acá y allá nuevas casas para los hombres, que en el decurso de los siglos llegarían a ser ciudades populosas.

**13. Inermes someten al pueblo a Cristo.** El fiero pueblo germánico, tan amante de la libertad, que a nadie había querido jamás rendirse y ni siquiera ante el terror de las poderosas armas de los romanos nunca se había sometido establemente a su dominio, después de haber sido evangelizado por estos inermes predicadores de Jesucristo, acabó por prestarles obediencia, inclinando ante ellos su fiera cerviz fue iniciado en la nueva doctrina atraído y conmovido por su belleza y rectitud y, por fin, espontáneamente se sometió felizmente al suavísimo yugo de JESUCRISTO.

**14. Padre espiritual de los alemanes.** Gracias a SAN BONIFACIO brilló sin duda para el pueblo germánico la luz de una nueva era; nueva no sólo en

cuanto a la Religión cristiana, sino también en cuanto a la vida culta y civilizada. Con razón, pues, este pueblo lo debe considerar y venerar como a padre y tenerle perpetua gratitud, esforzándose por imitar eficazmente sus preclaras virtudes. *Porque llámase Padre espiritual no solamente a Dios omnipotente, sino también a todos aquellos que, con su doctrina y sus ejemplos, nos llevan al conocimiento de la verdad y nos incitan a la perseverancia en la religión... No de otra manera el santo obispo Bonifacio puede llamarse padre de todos los habitantes de Alemania, ya que él, primeramente los engendró para Cristo con la palabra de su santa predicación; luego los conformó con sus ejemplos y finalmente dio por ellos su vida, que es la muestra mayor de caridad que se pueda dar<sup>(9)</sup>.*

**15. Fulda, faro de luz y de irradiación.** Entre los varios cenobios que levantó en aquellas regiones en no pequeño número, ocupa sin duda el primer lugar el de Fulda, que ha sido para aquellos pueblos, como un faro, que con sus haces de luz muestra a las naves la ruta en medio de las olas del mar. Allí, en efecto, se fundó como una nueva ciudad de Dios, en la cual innumerables monjes, sucediéndose unos a otros, se forman apta y diligentemente en las ciencias divinas y humanas, y mediante la oración y la contemplación se preparan a pelear las futuras batallas pacíficas; desde allí, después de haber libado, en los libros sagrados y profanos, la dulce miel de la sabiduría se esparcen cual enjambre de abejas, por diversas partes para ofrecerla generosamente a los demás. Ningún género de ciencias o de artes liberales fue allí desconocido. Se buscaron con ardor antiguos códices, se copiaron con exactitud, fueron adornados con miniaturas y comentados con suma diligencia. Así, con todo derecho se puede afirmar que las ciencias sagradas y profanas, en las que tanto

(8) *Vida de San Bonifacio*, Othlono (ed. Levisson) lib I, p. 157; Migne 89 col 653-C) (ver Migne 89, col 653-A).

(9) Ver nota (8), lib. I, p. 158 (Migne 89 col 651-B).

sobresale hoy el pueblo alemán, tuvieron allí su cuna veneranda.

344 16. **La civilización.** Además, de aquellas moradas salieron innumerables monjes Benedictinos, que con la cruz y el arado, es decir, orando y trabajando, llevaron la cultura y civilización cristianas a aquellas tierras que aún se hallaban envueltas en las tinieblas. Gracias a su prolongado e incansable trabajo, las selvas, que antes eran inmensas guaridas de fieras y casi impenetrables al hombre, se convirtieron en campos cultivados y fructíferos y las tribus que hasta entonces, sumidas en costumbres rudas y bárbaras, se hallaban entre sí divididas, andando el tiempo llegaron a formar una sola nación, domada por la suavidad y la fuerza del Evangelio y esclarecida por sus virtudes cristianas y civiles.

17. **Fulda, centro de santidad.** Pero especialmente ha sido el monasterio Fuldense la sede de la oración y de la contemplación divina; allí, en efecto, antes de emprender la difícil misión de evangelizar a los pueblos, los monjes se esforzaban, con la oración, la penitencia y el trabajo, por adquirir una gran santidad. Y el mismo BONIFACIO, cuantas veces le era posible sustraerse algo a los trabajos apostólicos para tomar un poco de descanso, allí se acogía gustosísimo, para templar y robustecer su alma, entregado a largas oraciones y celestiales meditaciones. *Hay... un lugar selvático* —así escribía él a Nuestro Predecesor de santa memoria ZACARÍAS— *en el desierto de esta vastísima soledad, donde hemos construido un monasterio y colocado en él monjes que viven bajo la regla del santo padre Benito; hombres de estricta abstinencia, que se privan de la carne, del vino y de la cerveza, que no tienen siervos, contentos con el trabajo de sus manos... En ese lugar, con el consentimiento de vuestra piedad, me he propuesto descansar por algunos días, aunque sean pocos, para restaurar las fuerzas del cuerpo fatigado*

*por la vejez y en él deseo ser sepultado después de mi muerte. En torno a ese lugar viven ya cuatro pueblos, a quienes por la gracia de Dios hemos predicado la palabra de Cristo y a los cuales mientras vivo y conservo mis facultades, puedo, con vuestra intercesión, ser útil. Porque, merced a vuestras oraciones y con la gracia de Dios, ansío permanecer en íntima unión con la Iglesia Romana y en vuestro servicio, entre estos pueblos germánicos a quienes he sido enviado y obedecer así a vuestro mandato*<sup>(10)</sup>.

En el silencio de este cenobio es donde principalmente, obtuvo de Dios aquella fuerza sobrenatural, fortalecido con la cual emprendía animoso nuevas conquistas y gracias a la cual pudo traer al redil de JESUCRISTO tantos pueblos germánicos, confirmarlos luego en la fe y no pocas veces estimularlos también a conseguir la perfección evangélica.

18. **Su solicitud por la Iglesia de Francia.** Pero si BONIFACIO fue de un modo muy particular el apóstol de Alemania, con todo, el celo por la dilatación del reino de Dios, que con tanta vehemencia ardía en él, no se ceñía a los confines de esta nación. También la Iglesia de Francia, aunque había abrazado generosamente la fe católica desde la época de los Apóstoles y la había consagrado con la sangre de casi innumerables mártires y, aun después que los Francos constituyeron en ella su imperio, había escrito páginas dignas de los mayores encomios en los fastos del cristianismo, entonces se hallaba sumamente necesitada de una reforma de costumbres y de una restauración y renovación de la vida cristiana. No pocas diócesis carecían de Obispo o estaban confiadas a un Pastor indigno; en algunas partes los ánimos de muchos se hallaban perturbados con supersticiones de todas clases, con herejías y cismas; los Concilios eclesiásticos, del todo necesarios para asegurar la integridad de la religión, restablecer la disciplina del clero y

(10) Cartas de S. Bonifacio, (ed. Tangl, Berlín 1916) *epist.* 86, pp. 193-194.

enmendar las costumbres públicas y privadas, hacía mucho tiempo que por una grave negligencia no se celebraban; los ministros sagrados con gran frecuencia no estaban a la altura de la excelsa dignidad de su cargo y no pocas veces el pueblo yacía en una gran ignorancia de la religión cristiana y, lo que es peor, en la corrupción de las costumbres. A oídos de SAN BONIFACIO llegó la noticia de estas tristísimas circunstancias y, apenas reconoció el peligro que corría la ilustre Iglesia de los Francos, se dedicó con intenso celo al remedio radical de esta situación.

19. Cuatro Concilios y la renovación de la jerarquía eclesiástica; florece la Iglesia entre los francos. Pero también en medio de estas enormes dificultades sintió la necesidad de la autoridad de la Sede Apostólica<sup>(11)</sup>; respaldado con ella, trabajó como Legado del Romano Pontífice<sup>(12)</sup> durante unos cinco años, con solicitud infatigable y con suma prudencia, en devolver a la Iglesia de los francos su primitivo esplendor. *...Pues entonces, con la gracia de Dios y por sugerencia del santo Arzobispo Bonifacio, se afianzó la herencia de la Religión cristiana, se corrigieron en Francia y se pusieron en vigor las disposiciones sinodales de los padres ortodoxos, y todo quedó reformado y purificado con la autoridad de los cánones*<sup>(13)</sup>. Cuatro fueron los Concilios, que por iniciativa de SAN BONIFACIO, se celebraron con este fin<sup>(14)</sup>, al cuarto de los cuales acudieron de todo el imperio de los francos; se renovó la Jerarquía eclesiástica; se escogieron Obispos, dignos de este nombre y cargo, que fueron destinados a sus sedes; se restauró y reformó la disciplina del clero con todo empeño; se aseguró la autoridad de los sagrados cánones; se enmendaron con gran diligencia las costumbres del pueblo cristiano; se prohibieron las supersticiones<sup>(15)</sup>; se

reprobaron y condenaron las herejías<sup>(16)</sup>; por último, se compusieron felizmente las mismas. Entonces, con grande gozo de SAN BONIFACIO y de todos los buenos, la Iglesia de los francos volvió a florecer y a brillar con nuevo esplendor; los vicios desaparecieron o por lo menos mermaron; las virtudes cristianas se estimaron; la necesaria unión con el Romano Pontífice se robusteció con lazos más apretados y más fuertes. Pues los Padres del Concilio general de todo el imperio de los Francos enviaron a Roma, al Sumo Pontífice las actas, que habían solemnemente sancionado, como documento elocuentísimo de la fe católica que ellos y los suyos profesaban, para que depositadas junto al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles atestiguaran su veneración, piedad y unión<sup>(17)</sup>.

20. Desea ir de nuevo al campo de Frisia. Acabado este importantísimo negocio con la inspiración y gracia de Dios, no se concedió BONIFACIO el merecido descanso, sino que, a pesar de verse oprimido por tantos cuidados, de experimentar los achaques de la edad avanzada y de tener la salud quebrantada con tantos sufrimientos y trabajos; sin embargo, se dispuso animoso a llevar adelante una nueva y no menos ardua empresa. A Frisia dirige de nuevo su mirada y atención; a Frisia, que había sido la primera meta de sus viajes apostólicos y donde también había después trabajado tanto. Esta nación yacía aún, sobre todo en la región septentrional, envuelta en las tinieblas de los errores del paganismo; a ella, pues, caminó con brío juvenil, a fin de engendrar nuevos hijos a JESUCRISTO y de llevar a nuevos pueblos la civilización cristiana. Era su ardiente deseo recibir al salir de esta vida la recompensa allí mismo, donde al principio, al inaugurar la carrera de su

(11) Ver nota (8) *epist.* 41, p. 66.

(12) Ver nota (8) *epist.* 61, pp. 125-126.

(13) *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo. (Ed. Levison, ver nota [1] p. 40; ver Migne 89, 625-A).

(14) Ver Sirmond, *Concilia antiqua Galliae* (Paris, 1629), t. 1, p. 511 y sigs.

(15) *Cartas de San Bonifacio*, (ed. Tangl, Berlín 1916 *epist.* 28, pp. 49-52.

(16) Ver nota (15) *epist.* 57, pp. 104-105; y *epist.* 59, p. 109.

(17) Ver nota (15), *epist.* 78, p. 163.

*predicación, había comenzado a cosechar méritos*<sup>(18)</sup>.

## 21. Presentimiento de su muerte.

Con el presentimiento de que estaba ya muy cercano el fin de su vida mortal, se lo comunicó así a su queridísimo discípulo, el obispo Lulo, mientras le aseguraba que no quería esperar la muerte ocioso: *Deseo cumplir mi resolución de hacer este viaje; no puedo renunciar al deseo de partir. Pues el día de mi fin y el tiempo de mi muerte está ya encima; abandonada la cárcel del cuerpo, volveré a recibir el premio de la remuneración eterna. Tú, hijo queridísimo, ...llama sin cesar al pueblo del extravío del error, lleva a cabo la construcción ya empezada de la basílica en Fulda y traslada allí mi cuerpo envejecido en tantos años de vida*<sup>(19)</sup>.

## 22. Su labor y su martirio en Frisia.

Habiéndose despedido, no sin lágrimas, de los suyos, con un puñado de compañeros, recorrió... toda la Frisia, hizo abolir los ritos paganos y las depravadas costumbres de la gentilidad, predicó incansablemente la palabra de Dios y con grande afán levantó Iglesias, después de destruir los ídolos paganos. Bautizó... muchos millares de hombres, mujeres y niños<sup>(20)</sup>. Pero, cuando llegó a la parte septentrional de Frisia, en el momento en que se disponía a conferir el Sacramento de la Confirmación a una muchedumbre de neófitos ya purificados con las aguas del bautismo, de repente se lanzó sobre ellos una turba enfurecida de gentiles, que blandiendo horribles lanzas y mortíferas espadas, amenazaba matarlos. Entonces el santísimo Obispo, adelantándose serenamente, prohibió a los suyos que combatieran. Basta, hijos, de lucha, dejad de batallar, porque la Escritura, que no puede engañarnos, nos enseña a no volver mal por mal, sino bien por mal. Ha llegado el día deseado, ha ve-

nido el tiempo natural de mi partida. Cobrad ánimo en el Señor... mostraos esforzados y no temáis a los que dan muerte al cuerpo, porque no pueden matar el alma que vivirá eternamente; alegraos en el Señor y anclad vuestra esperanza en Dios, quien en seguida os dará la recompensa y os concederá que os sentéis en la corte celestial entre los ciudadanos del cielo, los ángeles<sup>(21)</sup>. Excitados con estas palabras a conseguir la palma del martirio, todos puestos en oración, levantando su espíritu y sus ojos al cielo, donde confiaban que en breve recibirían el premio eterno, soportaron el ataque de los enemigos; quienes ensangrentaron sus cuerpos con la muerte feliz de los santos<sup>(22)</sup>. Cuando llegó a BONIFACIO el momento de su martirio y estaba a punto de ser herido por la espada, puso sobre su cabeza el libro del santo Evangelio, para recibir debajo de él, el golpe del verdugo y para que en la muerte le protegiese aquel libro, cuya lectura tanto le había deleitado en su vida<sup>(23)</sup>.

23. Su tumba en Fulda. Con esta muerte gloriosa, que abre una puerta segura a la eterna bienaventuranza, SAN BONIFACIO terminó el curso de su vida, empleada toda por la gloria de Dios y la salvación propia y de sus prójimos. Sus sagrados restos, después de varias vicisitudes, fueron trasladados al lugar que en vida había escogido<sup>(24)</sup>, o sea, al monasterio de Fulda, donde sus discípulos, derramando muchas lágrimas, les dieron digna sepultura entre el canto de los sagrados salmos. A este sepulcro dirigieron su mirada, y aun hoy la dirigen, llenas de veneración, muchedumbres de pueblos casi innumerables, porque les parece como si SAN BONIFACIO hablase allí a todos aquellos, a cuyos antepasados engendró para JESUCRISTO, llevándoles a una vida y civilización cristianas;

(18) *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, (ed. Levison, ver nota [1]) p. 46.

(19) *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, ver nota (1), p. 46; Migne 89, 626-D).

(20) *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, ver nota (1), p. 47; (Migne 89, 627-C).

(21) *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, ver nota (1), pp. 49-50; (Migne 89 col 628-C).

(22) Ver *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, ver nota (1), p. 50; y *Vida de San Bonifacio*, Othlono, (ed. Levison) lib. II, p. 210; (Migne 89, 629-A; 661-B).

(23) *Vida de San Bonifacio*, Radbodo, (ed. Levison) p. 73.

(24) *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, (ed. Levison) p. 54 (Migne 89, 664-B).

habla; decimos, con el ardor de su caridad y piedad, con la invicta fortaleza de su espíritu, con su fe integérrima, con la actividad incansable de su apostolado hasta la muerte hermo-seada con la palma del martirio.

349 24. **El culto de santo.** Apenas voló de esta vida mortal al cielo, comenza-ron todos a exaltar su santidad con grandes alabanzas y a venerarlo priva-da y públicamente. Tan rápidamente se propagó la fama de su santidad, que en Gran Bretaña, poco después del mar-tirio de SAN BONIFACIO, CÚTBERTO Arzo-bispo de Cantorbery, atestigua lo si-guiente: *A este varón lo miramos con amor y lo veneramos con grande ala-banza entre los más egregios y escla-recidos doctores de la fe ortodoxa. Por esta razón, en nuestro Sínodo general... hemos determinado que cada año se celebre solemnemente el día de su na-cimiento para el cielo, juntamente con el escuadrón que con él sufrió el mar-tirio*<sup>(25)</sup>. Lo mismo hicieron ya de anti-guo con igual piedad y fervor los pueblos de Alemania, Francia y de otras naciones<sup>(26)</sup>.

## II

*El fundamento de su labor y la lección de su vida*

25. **La gracia de Dios y el amor de su corazón.** Pero ¿de dónde sacó SAN BONIFACIO, Venerables Hermanos, tanta y tan incansable energía y tan invicta fortaleza de ánimo para afrontar tantas dificultades, soportar tantos tra-bajos, superar tantos peligros y final-mente recibir la corona del martirio después de luchar hasta la muerte en la dilatación del reino de Cristo? Sin duda provenía de la gracia de Dios, que continuamente pedía con fervorosas oraciones. Estaba tan encendido e im-pulsado por el amor de Dios, que nada deseaba tan ardientemente como unirse con El cada día más estrechamente, entretenerse en coloquio con El el ma-

yor tiempo posible, manifestar su glo-ria aun entre naciones desconocidas y rendirle el homenaje de veneración y de amor del mayor número posible de hombres. Con toda razón podía repetir, haciéndolo suyo, aquel dicho del Após-tol de las gentes: *La caridad... de Cristo nos apremia*<sup>(27)</sup>. Y también aquel otro: *¿Quién, pues, nos separará del amor de Cristo? Acaso la tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el riesgo, la persecución o la espada?... Porque persuadido estoy que ni la muerte ni la vida... ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto o de más profundo, ni otra creatura alguna podrán jamás separar-nos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo, nuestro Señor*<sup>(28)</sup>. 350

26. **La caridad lo impulsó.** Una vez que esta divina caridad penetra los ánimos y los informa e impulsa, pueden también los hombres repetir con SAN PABLO: *todo lo puedo en Aquel que me conforta*<sup>(29)</sup>; y, como enseña la historia de la Iglesia, nada hay que pueda contrarrestar ni dificultar sus esfuerzos y trabajos. Entonces, de ma-nera maravillosa, se repite lo que su-cedía en tiempo de los Apóstoles: *Por toda la tierra se difundió su voz y hasta los confines del orbe llegaron sus palabras*<sup>(30)</sup>. En esta forma el Evange-lio de Cristo encuentra en ellos nuevos propagadores, a quienes, por estar ani-mados de sobrenatural energía, no los pueden detener más que las cadenas como con tristeza vemos también en nuestros días; no los puede parar más que la muerte, la cual, sin embargo, ennoblecida con la palma del martirio, atrae siempre inmensas multitudes y hace surgir continuamente nuevos se-guidores del Divino Redentor, como sucedió en tiempo de SAN BONIFACIO.

27. **Confianza en la divina gracia y la oración.** Cuánto confiara este varón apostólico en la divina gracia, impe-trada con súplicas y oraciones, para que sus empresas pudieran dar fruto

(25) *Cartas de S. Bonifacio*, (ed. Tangl, Berlin 1916) epist. 111, pág. 240.

(26) *Epistolae Lupi Servati*, (ed. Levillain, t. I, Paris 1927) epist. 5, p. 42.

(27) II Corint. 5, 14.

(28) Romanos 8, 35. 38-39.

(29) Filipenses 4, 13.

(30) Salmo 18, 5; Romanos 10, 18.



abundante, se echa bien de ver en las cartas dirigidas al Romano Pontífice<sup>(31)</sup> o a aquellos amigos suyos que sobresalían por la santidad, o también a las religiosas de las comunidades que él mismo había fundado o que deseaba con sus sabios consejos elevar a la perfección evangélica; a todos humilde y encarecidamente pedía le granjeasen con sus oraciones los socorros y dones celestiales. Nos place recordar, por vía de ejemplo, lo que escribía a las venerables y amadísimas hermanas Leobgida, Tecla y Cinehilda: *Os ruego y mando, como a hijas muy queridas, que supliquéis a Dios en vuestras continuas oraciones, como confío lo habéis hecho hasta ahora, lo hacéis al presente y lo haréis en lo venidero...*

<sup>351</sup> *Pues habéis de saber que alabamos a Dios y que las tribulaciones de nuestro corazón se han acrecido, para que el Señor, que es el refugio de los pobres y esperanza de los humildes, nos libre de nuestras necesidades y de las tentaciones de este mundo perverso, a fin de que la palabra del Señor se propague y sea conocido el glorioso Evangelio de Cristo y para que la gracia de Dios no sea estéril en mí. Y puesto que soy el último y el peor de los heraldos que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana ha mandado a predicar el Evangelio, rogado para que no muera privado de todo fruto del Evangelio*<sup>(32)</sup>.

**28. Otro de los fundamentos; su estrecha unión con Roma.** En estas palabras brilla tanto su celo por dilatar el reino de Cristo, celo que deseaba fortalecer con las continuas oraciones propias y las de los demás, como también su humildad cristiana y su estrecha unión con la Iglesia Apostólica y Romana. Durante toda su vida conservó con cuidado y fervor esta unión íntima, de tal manera que puede decirse con razón que ella fue el firme y estable fundamento de su labor apostólica.

Aunque ya lo hemos insinuado antes, cuando tratábamos de sus peregrina-

ciones al sepulcro de SAN PEDRO y a la Sede del Vicario de Cristo, Nos queremos insistir sobre ello más de propósito, para que más claramente se vea su empeño por obedecer y acatar a nuestros Predecesores y por otra parte, se manifieste también el grande amor de los Romanos Pontífices para con él.

**29. Aprobación papal y adhesión filial.** La primera vez que vino a esta alma ciudad, para recibir de manos del Sumo Pontífice SAN GREGORIO II la misión de predicar la palabra divina, este Nuestro Predecesor, apenas lo conoció, lo aprobó y alabó y le escribió después estas paternales palabras: *El piadoso propósito lleno de amor hacia Cristo que Nos has manifestado y la relación fidedigna de tu sincera fe, que hemos recibido, exigen que te consideremos como colaborador nuestro en la predicación de la palabra divina que Nos ha sido confiada por la gracia de Dios... Nos congratulamos por tu fe y deseamos ayudarte con la gracia que Nos has pedido...*

<sup>352</sup> *Por eso, en nombre de la indivisible Trinidad, en virtud de la inconcusa autoridad de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, cuyo magisterio desempeñamos por dispensación [divina] y cuyas veces hacemos en esta Santa Sede, investimos tu modesta y religiosa persona y ordenamos que, fiado en la gracia de la palabra de Dios, a cualquiera de las naciones envueltas en los errores de la infidelidad a las que puedas llegar con la aluda de Dios, ejercites el ministerio del reino de Dios, predicando el nombre de Cristo Dios y Señor nuestro con la fuerza persuasiva de la verdad*<sup>(33)</sup>. Consagrado después Obispo por Nuestro Predecesor por sus insignes méritos, juró obediencia a él y a sus sucesores<sup>(34)</sup> e hizo esta solemne protesta: *Profeso la integridad y pureza de la santa fe católica y, con la ayuda de Dios, quiero permanecer en la unidad de esa misma fe, en la cual, sin duda alguna, se cifra toda la salvación de los cristianos*<sup>(35)</sup>.

(31) Ver *Cartas de San Bonifacio* (ed. Tangl, Berlín 1916) *epist.* 86, pp. 189-191.

(32) Ver nota (31), *epist.* 67, pp. 139-140.

(33) Ver nota (31) *epist.* 12, pp. 17-18.

(34) Ver nota (31) *epist.* 16, pp. 28-29.

(35) Ver nota (31) p. 29.

**30. Repetidos testimonios de su obediencia y fidelidad a Roma.** Semejantes testimonios de obediencia y acatamiento, no sólo los dio a SAN GREGORIO II, sino también a los demás Romanos Pontífices sus Sucesores siempre que se presentó la ocasión<sup>(36)</sup>. Así, por ejemplo, escribía a Nuestro Predecesor SAN ZACARÍAS, no bien se enteró de que había sido elevado al Pontificado: *No podíamos haber recibido noticia más grata, por lo que levantando nuestras manos al cielo, hemos dado gracias a Dios, pues que el Arbitro supremo ha concedido que vuestra clemente paternidad regule el derecho eclesiástico y rija el timón de la sede apostólica. Por tanto, como si estuviéramos postrados ante vuestros pies, elevamos Nuestra ardiente súplica, para que así como hasta ahora hemos sido devotos servidores y discípulos sumisos de vuestros Predecesores en virtud de la autoridad de San Pedro, así ahora merezcamos ser siervos obedientes de vuestra piedad a norma del derecho canónico. No ceso de invitar y aficionar a la obediencia de la Sede Apostólica a los que desean permanecer en la fe y en la unidad de la Iglesia Romana y a cuantos, en esta misión mía, Dios me da por oyentes y discípulos*<sup>(37)</sup>.

Y en los últimos años de su vida, cuando ya estaba envejecido y casi consumido por los trabajos, humildemente escribía a ESTEBAN III, elegido recientemente Sumo Pontífice: *Desde lo más íntimo de mi corazón dirijo mi ferviente plegaria a la clemencia de vuestra gracia a fin de merezca imitar y gozar la familiaridad y la unidad con la Santa Sede Apostólica y, prestando servicio, como piadoso discípulo, a vuestra Sede Apostólica, pueda continuar siendo vuestro siervo fiel y devoto, de la misma manera que serví a la Sede Apostólica bajo vuestros tres Predecesores*<sup>(38)</sup>.

(36) Ver *Vida de San Bonifacio*, Wilibaldo, (ed. Levison) p. 25, idem, pp. 27-28; *Cartas de San Bonifacio*, (edit. Tangl.) Epist. 67, pp. 139-140; Epist. 59, pp. 110-112; Epist. 86, pp. 191-194; Epist. 108, 233-234.

(37) *Cartas de San Bonifacio*, (ed. Tangl.) epist. 50, p. 81.

**31. Benedicto XV destaca esa fidelidad.** Con razón, pues, Nuestro Predecesor de feliz memoria BENEDICTO XV, en el duodécimo centenario de la misión apostólica iniciada por este glorioso mártir entre los Germanos, escribía a los Obispos de aquella nación: *Movido por esta firme fe e inflamado de esta caridad y piedad, Bonifacio mantuvo constantemente aquella fidelidad y unión con la Sede Apostólica, que había bebido ya en su patria, en la oculta palestra de la vida monástica; que después, al comenzar el combate público de su apostolado, había jurado solemnemente en Roma, sobre la tumba de San Pedro Príncipe de los Apóstoles y que, finalmente, en medio de las luchas y de los combates, había proclamado como característica de su apostolado y como regla de la misión que había aceptado; más aún, a todos aquellos que había conquistado para el Evangelio no cesó nunca de recomendarla insistentemente y de inculcarla con tanta solicitud, que se la dejó como en testamento*<sup>(39)</sup>.

**32. La base teológica de la unión con Roma.** Este modo de obrar de SAN BONIFACIO, en el cual resplandece su fidelidad a los Romanos Pontífices, ha sido siempre fielmente imitado, como sabéis, Venerables Hermanos, por todos aquellos que tienen presente que el Príncipe de los Apóstoles ha sido puesto por el Divino Redentor como firme roca, sobre la cual se funda todo el edificio de la Iglesia, la cual permanecerá hasta el fin de los siglos y que a él han sido dadas las llaves del reino de los cielos y el poder de atar y desatar<sup>(40)</sup>. Los que rechazan esta piedra fundamental y pretenden construir fuera de ella, no hacen sino echar sobre arena movediza los fundamentos de un edificio destinado a la ruina y sus esfuerzos, sus obras y empresas, como todas las cosas humanas, no pueden

(38) Ver nota (37) Epist. 108, pp. 233-234.

(39) *Benedicto XV*, Enciclica *In hac tanta*, 14-V-1919, sobre San Bonifacio, A. A. S. 11 (1919) 216-217; en esta Colección: Encicli. 115, pág. 903-10.

(40) Ver Mat. 16, 18-19.

353

354

ser sólidas, firmes y duraderas; sino que —como enseña la historia antigua y moderna— por la diversidad de opiniones discordantes y por las vicisitudes de los acontecimientos con el tiempo necesariamente han de cambiar.

### 33. Resumen de esa actitud y llamado a los que están separados de Roma.

Consideramos, pues, muy oportuno que en estas fiestas centenarias procuréis que se ponga en plena luz la estrechísima unión de este insigne mártir con la Sede Apostólica como también sus gloriosos hechos: esto reafirmará la fe y fidelidad de los que siguen el magisterio infalible de los Romanos Pontífices y no podrá menos de excitar saludablemente a la reflexión a aquellos que por cualquier motivo se hallan separados de los Sucesores de SAN PEDRO, de manera que, con la ayuda de la divina gracia, emprendan deliberada y animosamente el camino que los conduzca felizmente a la unidad de la Iglesia. Nos así lo deseamos ardientemente y lo pedimos al Dador de los bienes celestiales, a fin que se cumpla finalmente el deseo ardiente de todos los buenos: que todos sean una misma cosa<sup>(41)</sup> y todos vuelvan al único redil para ser apacentados por un solo Pastor<sup>(42)</sup>.

### 34. Otra enseñanza: El evangelio sobrevive todas las vicisitudes, errores y falacias.

Otra enseñanza, Venerables Hermanos, nos ofrece la vida de SAN BONIFACIO, que a grandes rasgos hemos delineado. En el pedestal de la estatua que el año 1842 fue erigida en el Monasterio de Fulda y representa al apóstol de Alemania, los visitantes leen esta sentencia: *La palabra del Señor dura eternamente*<sup>(43)</sup>. No se podía haber esculpido una inscripción más significativa ni más verdadera. Uno tras otro,  
 355 han pasado doce siglos; diversos pueblos han transmigrado de una a otra parte; tantas vicisitudes y guerras horribles se han ido sucediendo; herejías

y cismas han pretendido y pretenden rasgar la túnica inconsútil de la Iglesia; han caído formidables imperios y poderes humanos, que parecían no temer nada; opiniones filosóficas diversas, que se esfuerzan por llegar a la cumbre del humano saber, se suceden unas a otras en el decurso del tiempo, tomando a veces nuevas apariencias de verdad. Pero la palabra que SAN BONIFACIO predicó a los pueblos de la Germania, Galia y Frisia, como recibida de Aquel que vive eternamente, conserva su vigor también hoy y es *camino, verdad y vida* para los que de buena voluntad la abrazan<sup>(44)</sup>. No faltan en nuestros días quienes la rechazan, quienes se esfuerzan por corromperla con falaces errores, quienes, conculcando la libertad debida a la Iglesia y aun a los mismos ciudadanos, pretenden con engaños, persecuciones y vejámenes arrancarla de las almas y destruirla completamente. Como bien sabéis, Venerables Hermanos, no es nueva esta astucia: se ha visto emplear desde los primeros tiempos de la era cristiana y el mismo divino Redentor previno a sus discípulos con estas palabras: *Acordaos de aquella sentencia mía, que os dije: no es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros*<sup>(45)</sup>. Sin embargo, nuestro Redentor para consolarlos añadió: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*<sup>(46)</sup>. Y también: *Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren y dijeren con mentira toda clase de mal contra vosotros; gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo*<sup>(47)</sup>.

### 35. La palabra del Señor perdurará también en las persecuciones de hoy.

No es, pues, de admirar si hoy también el nombre cristiano en algunas partes es objeto de odio, si la Iglesia en el cumplimiento de su divina mi-

(41) Ver Juan 17, 11.

(42) Ver Juan 21, 15-17.

(43) Ver I Pedro 1, 25.

(44) Ver Juan 14, 6.

(45) Juan 15, 20.

(46) Mat. 5, 10.

(47) Mat. 5, 11-12.

356 sión en muchas partes es impedida de diversas maneras y con diversos métodos, si no pocos católicos se dejan engañar por falsas doctrinas con grave peligro de perder la salvación eterna. A todos nos aliente y anime la promesa del Redentor divino: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos*<sup>(48)</sup> y nos alcance fuerza sobrenatural SAN BONIFACIO, quien, a fin de llevar el reino de Jesucristo entre pueblos hostiles, no rehusó sufrir largos trabajos, ásperos caminos y la misma muerte, que afrontó confiado y valiente derramando su sangre.

**36. Plegaria por la fidelidad de los perseguidos.** Obtenga él de Dios con su patrocinio esta invicta fortaleza de ánimo a aquellos sobre todo que hoy se encuentran en graves dificultades

por la hostilidad de los enemigos de Dios y guíe a todos a aquella unidad de la Iglesia que fue su constante norma de vivir y obrar y su deseo eficaz, por el que activa y diligentemente trabajó durante toda su vida.

**37. Bendición Apostólica.** Esto es lo que Nos pedimos en Nuestras oraciones a Dios, mientras a vosotros todos, Venerables Hermanos y a la grey confiada a vuestros cuidados, impartimos la Bendición Apostólica, prenda de celestiales dones y de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de SAN BONIFACIO Obispo y Mártir, 5 de junio de 1954, año 16º de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(48) Mat. 28, 20.